

te; y bien á las claras nos lo revela el papel de D. Domingo Jacinto de Vera, el cual, sin sospechar la importancia arqueológica de lo que consigna, nos descubre los asuntos allí representados y copia sin saberlo las leyendas que en otro tiempo tuvieron, creyendo equivocadamente que lo que copia es la inscripción del retablo del xv. — La leyenda transcrita por el diligente correspondal, y que tomó de los apuntes del presbítero D. José de Ororbía, estaba puesta encima de la puerta de la Sacristía, donde permaneció hasta el año 1767, en el que, habiendo blanqueado la iglesia, fué neciamente borrada, picando además los adornos de relieve que le servían de marco. Á nuestro juicio, lo que probablemente aconteció fué que los letreros parciales que forman esa leyenda, como que se referían al suceso, aunque puramente legendario, memorable, de la translación del cuerpo del Santo Patrono, no pareció bien dejarlos perecer cuando se resolvió á fines del siglo xv poner el retablo nuevo: entonces se copiaron, se colocaron en una lápida ó tarjetón con adornos de relieve, y allí permanecieron hasta el referido blanqueo de la iglesia, mientras las pinturas á que se referían, ocultas detrás del retablo, se iban arruinando y acabando hasta perderse por completo la memoria de haber jamás existido. Si no se acepta esta explicación, ¿qué objeto tenía la leyenda escrita sobre la puerta de la Sacristía?

Veamos su contexto: «Aquí está el Rey en su cátedra asentado: el pueblo de Tolosa á suplicarle qui torne este Cuerpo á Tolosa de Francia.—Aquí saille el Obispo con sus Canónigos con el pueblo de Tolosa de Francia.—El Rey Carlos manda qui torne el Cuerpo de San Cernin á Tolosa de Francia. »Ayno MCCCXI.» ¿No se figura uno estar contemplando una serie de cuadros murales con sus respectivos letreros, como por ejemplo los que aún se conservan en la catedral de Mondoñedo, y como los que decoraban los claustros de Santa Eulalia de Pamplona? Parécenos ver al rey en su trono, con su corona flor-delisada ó trebolada, su ropaje talar, su manto de arminios,

barba hirsuta y zapatos recamados; al pueblo, que acude á él en actitud sumisa, representado en unas cuantas personas de ambos sexos y diferentes edades, los magistrados y los burgueses con ropas talaras, los plebeyos con sus sayos cortos muy ceñidos, unos con mangas perdidas y capuchas, otros sin ellas, cubiertos unos con sus capirotos ó con gorras de descomunal visera arremangadas por el cogote, desnuda la cabeza otros, todos con calzas muy ajustadas y calzado de larga punta; las mujeres con voluminosos tocados y faldas muy largas, y mangas apretadas con bocamanga de embudo; los obispos con sus capas de brocado y sus mitras muy chiquitas, la clerecía con sus hopalandas negras y sus manteos; y todos, el rey, los áulicos, los prelados y canónigos, los nobles y pecheros, las mujeres y los niños, con los ojos muy abiertos y como espantados y en actitudes rígidas; por último la ciudad, figurada en unos cuantos edificios que se caen encima de las personas, sin términos y sin perspectiva; y todo ello de dibujo recortado, con colores sin gradación, dominando el minio, el ocre, el blanco y el pardo, porque al fin y al cabo el autor de esta pintura mural no es el Giotto, ni el Orcagna, ni siquiera un Teodosio de Praga. La fecha 1311 que la letra consigna, y que corresponde al reinado de Luis *Hutino*, es sin duda la del tiempo en que fué ejecutada la obra, que pudo muy bien ser algo posterior al replanteo de la iglesia en el siglo xiii. Ahora bien, ¿quién es ese rey Carlos que el letrero nombra? Pues tiene que ser forzosamente Carlos el Calvo, el nieto de Carlo-Magno, que en el siglo ix imperaba á la vez en Francia y en la Vasconia como rey de Aquitania y de la Marca de Gascuña. Á otro rey Carlos no es aplicable, porque el primero de este nombre en Navarra es el que los franceses llaman *el hermoso (le Bel)* y que nuestros historiadores, con evidente anfibología, apellidan también el *Calvo*, el cual no entró á reinar hasta diez años después de pintada dicha historia. El que la pintó, pues, supuso hecha de orden del rey carlovingio en el siglo noveno la translación del cuerpo de San Saturnino.

Y ¿es por ventura un hecho cierto esta translación desde España á Tolosa de Francia? Nada menos demostrado: los sucesos de la vida y martirio del Apóstol de las Galias y los posteriores á su muerte, están envueltos en tinieblas legendarias: ni siquiera consta que realmente estuviese en Navarra el cuerpo del santo mártir; pero en la Edad-media no se exigían más sólidas pruebas para reputar como históricos los hechos menos admisibles. Lo positivo es que hoy no conserva la iglesia de Artajona como reliquia suya más que un hueso del cráneo, que debe suponerse depositado en ella en 1126 (1). — También es tradición que San Saturnino predicó aquí, y hasta en el púlpito mismo de su parroquia, á pesar de pertenecer el santo Obispo de Tolosa al siglo III de la Iglesia; por lo cual, con candor que ahora haría reír á cualquier escolar iniciado apenas en la arqueología sagrada, escribía el mencionado Vera: «en varias razones y papeles de esta iglesia se reconoce haber predicado en ella este Santo, por cuyas causas aconsejaba varias veces que estaba en este pueblo D. Fermin de Lubian, Prior que fué de la Santa Iglesia Catedral de Pamplona, bien conocido por su literatura y prendas, que se conservase el púlpito antiguo, muy grande y bastante tosco y feo, y en efecto se mantiene (2).» Hoy nadie ignora que en los primeros siglos de la Iglesia no había *púlpitos*.

Pero si el vínculo que une á este templo navarro con el de Tolosa de Francia no se justifica por el hecho de haber poseído Artajona el cuerpo del santo, ni porque éste hubiera predicado al pueblo desde su púlpito, acaso no faltan datos históricos que lo expliquen. Veamos.

Este templo de *San Saturnino*, de cuya primitiva edificación no hay historia cierta, fué en lo antiguo, como queda indicado,

(1) V. en una de las siguientes notas el instrumento de su consagración en dicho año.

(2) Relación citada.

de la *Expectación* de la Virgen: en 12 de Noviembre de 1126, *reedificado*, á nuestro entender, por D. Alonso el Batallador, fué consagrado con la advocación que hoy lleva por los obispos D. Sancho de Pamplona, Arnaldo de Carcasona y Miguel de Tarazona (1). Fué dignidad prioral de la mitra de Pamplona; pero el obispo D. Pedro de Roda, que era natural de Tolosa de Francia, en el año 1084, movido de su amor al país natal, sin autorización del Sumo Pontífice y sin consentimiento de su cabildo, con la sola anuencia del rey de Aragón y Navarra, don Sancho Ramírez, lo había cedido á la iglesia de St. Sernin de Tolosa, con la cuarta parte de los diezmos, réditos y derechos que percibían los obispos de Pamplona. Desde entonces empezó la iglesia de Tolosa á nombrar los priores para la de Artajona, y esto duró hasta el año 1536. Y ¿no basta, y aun sobra, este comercio continuo de cuatro siglos y medio entre las dos iglesias, la francesa y la navarra, para justificar la intervención del arte románico cluniacense, y luégo la del ojival primario, francés puro, en las dos reconstrucciones que hemos echado de ver en la fábrica de esta iglesia de Artajona? En dicho año 1536 fué extinguido el priorato, y sus rentas quedaron agregadas á la parroquia francesa, la cual cedió en trueque otros derechos. Pasados algunos años, la iglesia de Tolosa permutó dichas rentas por otras que la Casa Real de Roncesvalles poseía en Francia; mas los derechos estipulados en favor de la iglesia de Artajona subsistieron, y Roncesvalles quedó subrogada á Saint Sernin de Tolosa en la obligación de hacerlos efectivos.

(1) El instrumento en que consta esta consagración, trasladado del original que se conserva en el arch. de la iglesia de St. Sernin de Tolosa de Francia, existe en el archivo de la parroquia de Artajona, y dice así: «Dedicata est Ecclesia Sancti Saturnini villæ Artaxonæ Diocesis Pampilonensis in honorem Beati Saturnini Episcopi et martyris Tholosani à Sanctio Episcopo Pampilonensi et ab Arnaldo Carcasonensi Episcopo, et à Michaelè Tirasonensi Episcopo, anno ab Incarnatione Domini millesimo, centesimo vigesimo sexto, decimo octavo kalendas Decembris, in qua conditæ sunt reliquiæ Beati Saturnini, martyris atque Pontificis tholosani, et Sancti Velosini martyris, et Sancti Exuperi Episcopi et confessoris tholosani, et Sancti Irinæi martyris, et Sanctæ Fidei Virginis et martyris, etc.» Ms. cit. de la Acad. de la Hist. t. II, cuaderno de Artajona.

Entre estos derechos se ha conservado hasta nuestros tiempos uno bastante curioso; veámosle en su ejercicio, trasladándonos á la época anterior á la supresión del diezmo. — Todos los años, en día fijo, que es el 28 de Noviembre, víspera de San Saturnino, se presentan al Prior de Roncesvalles, después de cantadas las vísperas en la iglesia, cinco individuos, llegados á la regia hospedería aquel mismo día, ó el día antes, en sendos mulos, que quedan instalados por un criado de la casa en la espaciosa caballeriza. Son un sacerdote y cuatro seglares: los seglares son el alcalde, dos regidores y el secretario del ayuntamiento de Artajona: el sacerdote, el párroco de *San Saturnino*. Mientras la comunidad canta las *completas* y baja el cabildo con los racioneros á la Capilla Mayor, y el sermonero entona la *Salve*, y rompen el órgano y los coros la armoniosa tronada de acordes que llena el templo, los cuatro seglares, conducidos por el despensero á la espaciosa bodega donde se depositan las prestaciones decimales del vino que la Casa recibe, van con toda formalidad catando el contenido de las cubas, que no son pocas. Hecha esta operación, conferencian entre sí y señalan la cuba cuyo vino es más de su agrado, y el secretario municipal toma acta de la elección hecha. Á estos forasteros sigue la turbamulta de vecinos y transeúntes, atraídos por la tradicional solemnidad y por la general afición al mosto, pues es costumbre conceder entrada franca á la bodega en este día. Dáseles de beber á todos con abundancia, y sin más obligación que la de respetar la cuba elegida por los de Artajona (pues el párroco se conforma con la designación hecha por sus cuatro feligreses seglares, por no parecerle decente el ir catando caldos), y sólo desde este día le es lícito á la Comunidad vender y sacar vino de sus cubas.—Este tributo pagaba anualmente la Real Casa de Roncesvalles á los cabildos eclesiástico y secular de Artajona. Terminada la ceremonia, los comisionados regresaban á su villa, si no se quedaban á cenar con el Prior ó el Hospitalero, ó algún canónigo amigo.—El Prior y Cabildo de Roncesvalles, en cam-

bio de esta singular presentación, como subrogados al Prior y Cabildo de St. Sernin de Tolosa, tenían el derecho, que partían con la Corona, de presentar dos beneficiados enteros de los diez de la clerecía de San Saturnino de Artajona, siendo los ocho beneficios restantes de presentación de la veintena (1), la cual debía proveerlos en hijos de la villa, reservando la institución y colación al Prior y Cabildo de Roncesvalles en sus turnos correspondientes.

Además de esta iglesia de San Saturnino hay otra en la villa, que es la de *San Pedro*, situada en lo que llaman el *arrabal*, hacia la mitad de la bajada del *Cerco* á la carretera. Lo más interesante de esta construcción es su puerta del norte, entre románica y ojival, flanqueada por una robusta torre cuyos matacanes revelan el intento con que fué edificada: porque esta torre de defensa descuella sobre una pendiente, que conduce al rellano ó plazuela formada para dar al templo decoroso asiento. En aquella meseta, en efecto, se alzan el hastial modernamente reconstruído y el costado de mediodía, donde hay una sencilla puerta de arco apuntado, de buena traza pero sin ornato. Dentro del templo se venera una santa reliquia de gran fama, que es el cuerpo del niño mártir San Máximo, traído de Roma en la pasada centuria.

Advierto mientras tomo ligeros apuntes de esta iglesia, que aquel enjambre de muchachuelos que me asediaba á ratos en la meseta del *Cerco*, ha venido en grupos sueltos siguiéndome los pasos, y noto en mis acompañantes no ya el mero deseo de espiar al forastero que provoca su jovialidad con un exterior para ellos quizá extravagante, sino cierto propósito maligno de darme zumba aprovechando cualquier pretexto; y como hasta las hormigas y los mosquitos son un enemigo formidable cuando es grande su número, procuraré hacerme el distraído, aunque re-

(1) Se componía la *veintena* de 22 vocales, sorteados anualmente de entre los insaculados para proveer las vacantes de alcalde, de regidores y de tesorero.

viente de ganas de emprenderla con ellos á palos cada vez que su burlona risa llega á mis oídos. Voy, pues, bajando lentamente la cuesta hacia la ancha calle donde tengo la posada, parándome á trechos, con la cartera y el lápiz en la mano, á mirar ya los bárbaros revoques de algunas casas, ya la rara combinación de ciertas portadas: mi escolta de impúberos se me pone detrás formando ala: se pára cuando yo me paro, anda cuando yo ando, y siguen, aunque á la sordina, la vaya y la zumba, y empiezo á temer seriamente un conflicto con la hueste infantil irrespetuosa, porque mi posición de capitán forzado de aquel improvisado zaguanete va siendo ya, por lo grotesca, insostenible. Pero quiso Dios que cerca del término de mi descenso, aquella importuna lechigada, ó porque yo no daba motivo para un declarado ataque, ó por la natural veleidad propia de los muchachos, se disipase tomando cada grupo su dirección, y lo que pudo ser lance bochornoso para un viejo que tiene que habérselas con un escuadrón de chicos indisciplinados, acabase pacíficamente: no quedándome de tan imprevisto y poco glorioso conflicto sino el escozor de haber sorprendido más de una sonrisa equívoca en las caras de algunos vecinos que, dormida la siesta, salían á bostezar á los portales de sus casas.

Mi visita á la ermita (*basílica* la llaman aquí) de *Nuestra Señora de Jerusalén*, patrona de Artajona, fué cosa breve: mi caballero había descansado: el posadero cuidó de tenérmele con la panza ligera, y el corto trayecto de la posada al pequeño arrecife que sube de la carretera al santuario, lo recorrió más veloz que el Pegaso en el aéreo viaje de Perseo al peñasco de Andrómeda. Me apeo á la puerta del capellán, su criado ata el jamelgo por la brida al poste mismo de la escalera; soy recibido con el agasajo con que el digno presbítero acoge á todos los forasteros; conversamos algunos minutos en su aposento, en el cual todo respira orden, pulcritud y santa alegría; y por el interior de su casa me introduce en el camarín, donde con la veneración debida, andando de puntillas para atenuar el ruido de las

pisadas, hablando muy quedito, y abriendo la portezuela de cristal del escaparate, del cual se exhalan efluvios de mística fragancia, me permite ver de cerca la milagrosa imagen de Nuestra Señora, y aun me consiente tomar de ella un ligero croquis en mi libro de apuntes.—Esta efigie, de medio metro de altura próximamente, es de bronce dorado, sin oro ya apenas porque en su mucha antigüedad no ha sido nunca restaurada. Tiene al niño Jesús mal sentado sobre sus rodillas y como si fuera á resbalar, pero amorosamente asido por la cadera con el brazo izquierdo. La madre y el niño llevan corona flordelisada y de forma nada oriental, sino muy francesa, como del siglo XIII: la vestidura de la Virgen es una túnica común, con sobretúnica de menuda y delicada labor reticulada, con florecillas en los losanges, y ancha cenéfa relevada con bolitas de esmalte azul claro, que simulan gemas, en el cuello y en la extremidad inferior. La de Jesús, figurando la misma tela, y con las mismas cenefas de gemas, es un brial ó levitonario, cortado como el que usaba la gente de calidad en dicho siglo, esto es, con grandes aberturas para pasar los brazos, por el estilo de la sotana de hoy, pero más corta; y tiene túnica talar debajo, de mangas ajustadas. Ambas figuras presentan esbeltez, cuello alto y despejado y buenas proporciones: no propiamente infantiles la de Jesús, sino como de adolescente de 12 ó 14 años; y no parecen de mal estilo, sobre todo en el plegado un tanto hierático de las túnicas y del velo que descende de la cabeza de la Virgen por debajo de su corona, si bien el movimiento que ha tomado la figura del niño, por haberse torcido quizá la espiga que la sujeta, hace que aparezca como dislocado el grupo. Nada advertimos en éste de bizantino, ni las actitudes, ni la indumentaria, ni el plegado de las ropas, ni las coronas, ni los demás accesorios. Jesús además da la bendición á la manera latina, y no al uso de la Iglesia griega con los dedos pulgar y anular juntos, como era regular que apareciese si hubiera sido hecha la obra en el Imperio de Oriente.—Esto es cuanto puedo observar en una rápida inspec-

ción de pocos minutos: qué más tiempo para estudiarla no me consiente la incómoda postura en que dibujo este afamado simulacro de la reina de los cielos, agachado como estoy dentro de la angosta hornacina donde el pueblo la venera, é impedido además de poder ver distintamente toda su silueta á causa de los descomunales ramos de flores de trapo que una devoción poco artística ha colocado en las manos de la santa madre y de su divino Hijo.

Bajemos ahora del camarín á la iglesia, obra moderna del estilo greco-romano de rutina del siglo XVII, donde la dorada talla de los altares de nada más nos habla que del acendrado amor de los artajoneses al culto de su divina patrona, y del mal gusto de los artífices de quienes se valieron para demostrarlo. Pero mi amable guía, que perdona caritativo las ofensas al sentimiento estético en gracia de los actos que revelan sentimiento cristiano, me llama la atención, con cierta significativa sonrisa, hacia seis *inolvidables* cuadros al temple distribuidos en las paredes de la nave, obra de un temerario artista moderno á quien le conviene no salir nunca del limbo de los anónimos. Representan estas pinturas murales los más notables pasajes de la leyenda del caballero cruzado navarro que se supone trajo de Jerusalén la santa imagen. En el primero se ve á Lasterra (tal es el nombre de este caballero) pidiendo á Godofredo de Bouillon que le ceda la efigie de Nuestra Señora; el segundo representa la entrega de esta efigie á Lasterra; el tercero una aparición de la Virgen al piadoso cruzado durante su viaje de regreso al suelo natal; el cuarto figura la entrega que hace Saturnino Lasterra al cabildo de Artajona de aquel preciado tesoro; el quinto, la procesión que hicieron con la devota imagen para llevarla á la parroquia de la villa; y el sexto, el prodigio obrado por esta imagen cuando desapareció de la parroquia y fué á situarse en un olivo de la heredad de su fiel devoto.—La intención del que los mandó pintar no pudo ser más cristiana; pero diríase ejecutada la obra con el propósito de que la santa capilla

esté de continuo profanada con las explosiones de risa de los que la visitan, porque así el héroe como los demás personajes que intervienen en las distintas composiciones, parecen por sus caras, actitudes y trajes, cómicos sañudos de un teatrillo de romería, petrificados en medio de su acción por el aspecto de una invisible Gorgona.

Y sin embargo, es lo cierto que aunque estas pinturas sean más á propósito para excitar la hilaridad del crítico que para elevar sus pensamientos á la contemplación de los altos desig-nios de la Providencia que suscitó las Cruzadas, que hizo cruzado á Saturnino Lasterra, que consintió la leyenda de que es héroe este hijo de Artajona, y que permite perpetuar su memoria, verídica ó fabulosa, en tales mamarrachos; los sucesos figurados en ellos de tal manera llamaron mi atención y se me grabaron en la memoria, que por la noche, cuando, de vuelta en Puente la Reina, me recogía al lecho para descansar de tan prolija revista de monumentos, esculturas, cuadros, hechos históricos, recuerdos, tradiciones, ideas, sensaciones, etc., en vez de hallar el reposo en los blandos colchones, mi excitado cerebro continuaba elaborando hipótesis con que disipar las dudas nacidas del estrepitoso anacronismo de haber traído de Jerusalén un cruzado navarro á fines del siglo XI ó principios del XII, una efigie labrada en el siglo XIII.

Dice la historieta que compuso un piadoso dominico (1), refiriendo, por vía de introducción á una santa novena, la venida de Nuestra Señora de Jerusalén: «Si queremos buscar el origen de tan soberana prenda, debemos suponer, en primer lugar, que fué fabricada por Nicodemus, discípulo de Cristo, como consta de un auténtico testimonio que todavía puede verse; y si damos á la tradición el crédito que merece, convendremos también en que fué dorada por el evangelista San Lucas. Ha-

(1) D. RUPERTO DE URRÁ: *Novena de la Virgen Santísima de Jerusalén, patrona de la villa de Artajona*, etc., Pamplona, 1875.

»llábase la tal imagen el año de 1099 en la ciudad de Jerusa-
 »lén, cuando Gudofre Bullón la conquistó llevando entre los
 »capitanes más valerosos de su ejército á un hijo de Artajona,
 »llamado D. Saturnino Lasterra, á quien estimaba con predilec-
 »ción sobre los otros por su denuedo militar y noble compor-
 »tamiento. Deseando aquel rey premiar de algún modo los seña-
 »lados servicios de Lasterra, le invitó generoso con la concesión
 »de aquella gracia que á su arbitrio quisiera pedirle; y el cris-
 »tiano capitán, menospreciando mundanos honores y terrenos
 »intereses, rogó á Gudofre le concediese esta linda semejanza
 »de la Reina de los Ángeles, que le fué otorgada sin demora
 »por estar empeñada la real palabra, á pesar del grande apre-
 »cio y respeto singular en que era tenida. Recibió también con
 »dádiva tan graciosa, una porcioncita de tierra del Santo Sepul-
 »cro, un pedazo de la cruz en que murió nuestro Redentor, y
 »varias otras reliquias que ahora se guardan en la iglesia parro-
 »quial.»—El testimonio que el devoto dominico llama *auténtico*
 y con el cual cree probar lo que en este pasaje asevera, se
 reduce á una tira de pergamino encerrada en el hueco del asien-
 to que ocupa Nuestra Señora, en que se lee esta memoria, de
 letra relativamente moderna, plagada de disparates de todo gé-
 nero, de sabor nada antiguo: *Gutufre bullonis res Ferosolimi-
 tani dinisimus datum myqui Saturnini Lastier artajonis terra
 regis Ispanie Capitanis diletus in conquistan Oc figuran marie
 cun Jesus qui feci nicodemus dicipuli Ypr et terra eleta Sepul-
 crun Santi. Ani VXCJX in Ferosolima.* Bien pudiera por sus
 concordancias ser parto esta inscripción de algún vizcaíno poco
 ducho en la lengua del Lacio; pero sus caracteres, copiados en
 facsímile por el diligente corresponsal de la Academia de la
 Historia de que ya hemos hecho mención repetida (1), están
 muy lejos de parecerse á los del siglo XI, y menos aún se pare-
 ce su dislocado lenguaje, entreverado de vocablos modernos,

(1) El autor de la relación anónima arriba citada.

al latín romanizado de aquella época. Por otra parte ¿quién pudo
 en ese siglo XI llamar á un rey de Navarra *rey de España*?
 Y ¿qué diremos de la atribución de la santa imagen á Nicodemus?
 Nada más sino que semejante absurdo sólo es compara-
 ble al de figurarse que pudo dorarla San Lucas.

En lo que no hay inverosimilitud es en suponer que á la pri-
 mera cruzada concurriese el navarro Saturnino Lasterra, y que
 éste formase parte del ejército de Godofredo de Bouillon, por
 más que las antiguas crónicas y las historias que nos nombran
 todos los guerreros que se distinguieron bajo sus enseñas, nada
 nos hayan dicho de él. No es imposible tampoco que después de
 haber asistido á la toma de Jerusalén, se volviese á su país tra-
 yendo consigo alguna santa efigie de Nuestra Señora, y que
 ésta, por gracia especial del cielo—hasta aquí llegamos—resul-
 tase tan milagrosa, que por su virtud se realizara cualquier prodi-
 gio. Supongamos cierto el siguiente: «Según noticia que viene
 »de padres á hijos, fabricada la ermita (la que desde luégo eri-
 »gieron para ella los convecinos de Lasterra) en distinto sitio
 »del que hoy ocupa, oyó su ermitaño en medio del silencio de
 »la noche cierta voz que le llamaba por su nombre, por tres
 »veces consecutivas, y saliendo á la tercera fuera de cubierto,
 »se arruinó en el instante mismo todo el edificio, excepto la ca-
 »pilla ó nicho de la imagen. Asombrados los habitantes con este
 »portento, la subieron á la iglesia parroquial, con el objeto de
 »hacerle basílica en un paraje más ameno y delicioso llamado la
 »*Alameda*; pero creció sobre toda ponderación el asombro
 »cuando desapareciendo del templo en que la colocaron, se tras-
 »ladó al olivar de su devoto conductor, y entronizándose en uno
 »de los olivos, arrebató hacia sí las lágrimas, los afectos y las
 »aclamaciones de cuantos absortos la miraban. Habiéndola vuelto
 »á subir á la parroquia, ejecutó segunda vez la poderosa demos-
 »tración de trasladarse al olivo»... «Los encargados de la villa
 »hicieron de todo sabedor al prelado de la Diócesis, y mandan-
 »do su Ilustrísima se edificase la ermita en el mismo sitio que

»había por dos veces elegido la reina del cielo, se comenzó la obra desde luégo, cogiendo dentro el olivo señalado y haciendo la capilla de la virgen en su local, que es el mismo donde hoy día se mantiene» (1).

No me cuadra el guiño del volteriano incrédulo, y hasta el hecho prodigioso consignado en esta leyenda reconozco como *posible*; porque no se debe dudar que en ciertas épocas memorables del cristianismo Dios ha obrado milagros para afirmar la fe de las naciones, y muchas veces los ha hecho por mediación de su santa Madre. Pero destruído por la sana crítica el prestigio de la inscripción que lleva á modo de auténtica la imagen hoy venerada; demostrado que esta imagen no podía existir en el siglo en que se dice fué traída de Jesuralén á Navarra; lo probable es que la historia del cruzado Lasterra sea pura invención del siglo XIII, é invención de una piedad poco discreta. Acreditada la piadosa superchería, pudo ya fácilmente forjarse en época muy moderna el pergamino de torpísimo gringo con el cual se pretende confirmar la tradición de la venida de Nuestra Señora de Jerusalén á Artajona.

¿Ha existido realmente el cruzado Saturnino Lasterra? Causa al pronto cierta maravilla que un artajonés, y de la época en que tan pujante se muestra la morisma en los reinos de Huesca y Zaragoza, que ya se insinúa la necesidad de un llamamiento supremo contra el Islamismo en nuestra península, con las ceremonias, gracias apostólicas é insignias peculiares de una verdadera Cruzada, se vaya al Oriente á combatir con los enemigos del nombre cristiano teniéndolos aquí tan formidables; mas esto no es imposible, ni inverosímil siquiera. No fué él en verdad el único español que buscó en Palestina el lauro del paladín ó la palma del mártir, creyendo sin duda contraer mayor merecimiento en la santa empresa de rescatar el Sepulcro de Cristo. D. Aznar Garcés, hijo de D. García Íñiguez de Mendinueta,

(1) D. Ruperto de Urrea: *Novena* cit.

partió también con la primera cruzada, dejando su hacienda de Oteiza á san Salvador de Leyre (1). De otras provincias de España, especialmente de Aragón y Cataluña, se llevó no pocos esforzados guerreros aquella primera oleada del Occidente sobre el Oriente (2); y hasta de las risueñas márgenes del Guadalquivir, momentáneamente reconquistadas, acudieron hombres de robusta fe, y deseosos quizá de emociones extraordinarias, con la cruz blanca en el hombro derecho, á incorporarse con las incontables muchedumbres de peregrinos, armados unos y otros no, que bajaban de Europa por caminos diferentes, unas hacia Constantinopla y el Asia menor, otras directamente á Siria, Palestina y Jerusalén.

Ya desde principios de ese mismo siglo XI, de ese siglo tan singular en que la más exaltada fe religiosa se mezcla con la más sórdida codicia, se decía en toda la región meridional de Francia, donde estaba enclavada parte de nuestra Navarra, que las armas cristianas no debían sólo combatir á los infieles que tenían cerca, sino acometer al mahometismo en su mismo tronco: tan en boga se hallaba entonces entre los hombres de guerra la

(1) Moret, *Anal.* Lib. XVI, c. I, § II, núm. 6.

(2) «E estos dos hombres honrados, el conde de Tolosa e el Obispo de Puy, cuando salieron de su tierra para ir á Ultramar, movieron gran gente con ellos de buenos caballeros de armas, de hombres honrados, tambien de Tolosa como de Provençia, como de Alvernia, è Sant Onge, è de Lemosin, è de tierra de Caors, è del condado de Hedes, è de Cartases, è de Gascoña, è de Catalanes. E como quier que gran guerra hobiesen con moros en España desde los puertos adentro, que es llamada España la mayor, ca de la una parte don Alfonso el viejo rey de Castilla guerreaba con Toledo e el rey don Ramiro de Aragon sacara su hueste para ir á cercar á Lérida; mas por todo eso no cesó que de todos los reinos de España que de cristianos eran, no fuesen caballeros è otras gentes.» *La gran conquista de Ultramar*. Lib. I, c. CCX. Edic. de Rivadeneyra.—Esta misma historia nos habla del catalán Dalmau y de otros españoles, como Pero González Romero y Gutierre de Arias; los cuales asistieron al sitio de Antioquía; y advierte en su prólogo el erudito anotador de la edición que tenemos á la vista, que de vez en cuando se citan en esta prolija obra caballeros catalanes, aragoneses y castellanos, que realmente fueron á las cruzadas, y entre ellos uno de las *armas verdes* que hizo prodigios de valor en varios combates, y otro que habiendo tomado partido con el Soldán Licoradin, supo ganarse su aprecio y confianza hasta el punto de que le nombrase, al morir, tutor de sus hijos y gobernador de su Estado.